

pusieron á cortar los árboles y á acarrear la madera, ayudados de los mejicanos (1).

Pocos dias despues, se levantaba sólido y arrogante sobre la ancha ciénaga, un notable puente de trescientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y cinco y cuarenta piés (2). El ejército pasó por él, y habiendo hallado en Ocumba abundantes víveres (3), marchó hácia Chilapa, á donde llegó rendido de fatiga. Era Chilapa una poblacion amena, rodeada de campos cultivados y «de muy gentil asiento y harto grande,» dice el conquistador. Agradables arboledas y pintorescas huertas, llenas de árboles frutales, embellecian el paisaje y brindaban al soldado el descanso y la abundancia. Numerosas labranzas de maizales se extendian por la llanura como una dorada alfombra, y «aunque no estaban bien granados,» segun asegura el conquistador, «fué de gran remedio á la necesidad en que se hallaban.»

Hernan Cortés pidió á los caciques que le informasen del camino que tenia que seguir; pero lo ignoraban, y únicamente le advirtieron que para llegar al primer pueblo, que se llamaba Temazcatepeque, y distaba tres jorna-

(1) «Y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mejicanos ayudaron lo que podian.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Encomendándonos á Nuestro Señor, hicimos una puente en una ciénaga, que tuvo trescientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y cinco y cuarenta piés, y sobre ellas otras atravesadas.»—Quinta carta de Cortés á Carlos V.

(3) En la copia de la Academia es Acambra, que algunos escritores creen que sea Cicimbra, y otros Acamba.

das, tenia que pasar varios rios y pantanos, por entre terrenos enteramente deshabitados.

El caudillo español emprendió la marcha. Los soldados, para no perecer de hambre, se proveyeron para tres dias, de maíz tostado y de otras legumbres. El primer obstáculo con que el ejército tropezó fué el ancho y caudaloso rio de Chilapa, cuyas aguas marchaban en aquel instante con impetuosa corriente. No existiendo puente ni habiendo canoas para cruzarlo, fué preciso detenerse á construir grandes balsas. Cuatro dias se ocuparon los expedicionarios en hacerlas. Vencida la dificultad, marcharon por entre ciénagas, en que los caballos iban metidos en el lodo hasta las rodillas y muchas veces hasta el pecho (1). Los sufrimientos de los infantes excedian á todo lo que la pluma pudiera ponderar. Como los soldados sólo llevaban provisiones para tres dias y habian hecho siete en la marcha, se encontraron acosados por el hambre. La manada de cerdos habia perecido casi toda; parte de ella de cansancio, y parte ahogada en los pantanos y en los rios: el resto, que era muy reducido, iba muy atrás, á mas de cuatro jornadas de distancia. Para mitigar el hambre y no sucumbir á ella, se alimentaban de la yerba que encontraban y de unas raices llamadas *quecuxque*, que les abrasaba la boca y la lengua (2). Así llegó el ejército á

(1) «Se pasaron muchas y grandes ciénagas, que de seis á siete leguas habia de camino hasta él, no hubo una donde no fuesen los caballos hasta encima de las rodillas, y muchas veces hasta las orejas.»—Quinta carta de Cortés.

(2) «No teníamos que comer sino yerbas y unas raices de unos que llaman en esta tierra quecuxque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Tenazcatepeque, ó Tepetitan, poblacion de alguna importancia, donde los soldados esperaban encontrar algunos víveres; pero sus esperanzas se vieron desvanecidas al penetrar en ella. Las casas se hallaban reducidas á cenizas; la ciudad habia sido incendiada por los mismos habitantes, instigados por otras tribus vecinas (1).

Pasando montañas en que los caballos se enterraban hasta las cinchas, sin llevar ginete encima; rodeados siempre de pantanos y de rios caudalosos; comiendo raices y yerba, mojados los vestidos, sin encontrar maíz y sin saber el sitio en que se hallaban, se dirigian los expedicionarios á Iztapan, hácia donde habia enviado hacia tres dias algunos de sus soldados, con un indio del país, á fin de que le avisasen del resultado, y de los cuales no habia vuelto á tener noticia (2).

Fatigado, hambriento y sin fuerzas, se detuvo el ejército en un campo menos fangoso que el terreno que habia cruzado los dias anteriores.

(1) A estos pueblos sin duda hace referencia el Sr. Prescott; pero ya hemos visto que esta hostilidad no la habian encontrado los expedicionarios hasta llegar á Temazcatepeque. Aun aquí cree Bernal Diaz que los incendios fueron cometidos por otros pueblos de indios con quienes estaban en guerra. «Y desde allí, dice, fuimos á Tepetitan, y hallámosle despoblado y quemadas las casas: y segun supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos dias pasados.» Sin embargo, debemos creer que lo que los caciques le aseguraron á Cortés, esto es, «que habian quemado sus casas por inducimiento de los naturales de Zagoatan,» es lo cierto.

(2) «Certifico á V. M. que en lo mas alto de los cerros se sumian los caballos hasta las cinchas sin ir nadie encima, sino llevándolos del diestro.»—Quinta carta de Cortés.

«La tristeza se apoderó de la gente, dice Hernan Cortés, al pensar que allí perecerian todos sin remedio.» Unicamente el caudillo español conservaba su energía y la fé en dar cima á la empresa, venciendo los obstáculos que á sus compañeros se presentaban insuperables. En aquellos momentos de angustia en que la esperanza habia desaparecido de los soldados, llegaron dos indios con una carta escrita por los exploradores que Hernan Cortés habia enviado tres dias antes de haber salido de Tepetitan. En ella le decian que estaban en Iztapan, esperando á que llegase.

«Fué tanta la alegría que toda la gente tuvo con esta carta,» dice el conquistador, «que no lo sabria decir á V. M.; porque como arriba he dicho, estaban todos casi desesperados de remedio.»

El ejército, guiado por los dos indios conductores de la carta, emprendió al amanecer del siguiente dia el camino, y llegó á la caída del sol á Iztapan, donde encontró abundancia de maíz que, para los hambrientos soldados, era en aquellos momentos un manjar exquisito.

Los indios, obedeciendo las órdenes del cacique de Zagoatan, habian incendiado varias casas al acercarse los españoles, como lo habian hecho los de Tepetitan, por mandato del mismo. Los habitantes de ambas poblaciones le habian obedecido, abandonando al mismo tiempo sus hogares, porque les habia hecho creer que los españoles les matarian si no huian á los montes. Cortés persuadió de lo contrario á uno de los principales indios que no pudo salir de Iztapan. Le dijo que lejos de intentar la menor ofensa contra los naturales, estaba dispuesto á favo-

recerles. Le suplicó en seguida, por medio de Marina, que enviase á decir al cacique de la ciudad, con algunos indígenas que tampoco pudieron salir de la poblacion, que volviese sin el mas leve temor. El noble indio obsequió el deseo del caudillo español, y envió á varios de los de su servidumbre, acompañados de algunos mejicanos que le dió Cortés, á poner en conocimiento del cacique de Iztapan, que no habia ningun motivo de temor. Al siguiente dia volvieron los mensajeros, y con ellos el cacique y los principales de la ciudad. Hernan Cortés recibió al jefe indio, con sumo agrado. El cacique, reconocido á las atenciones del general castellano, le suplicó que le perdonase el haberse ausentado de la poblacion, temiendo que los españoles matasen á los vecinos, segun les habia asegurado el señor de Zaguatan, y concluyó diciendo que estaba dispuesto á servir á los hombres blancos en todo lo que estuviese á su alcance.

No fueron falsas sus promesas. Manifestándose adicto al jefe castellano, mandó traer abundantes provisiones para el ejército, mandó abrir un camino hasta Tatahuitapan, pueblo que distaba cinco leguas, hizo construir un puente en un rio profundo que habia entre las dos poblaciones, y obsequió atentamente á los españoles durante los dias que permanecieron en la poblacion. Iztapan se hallaba situado en medio de feraces campiñas, asentado á la márgen de un majestuoso rio, cercado de risueñas aldeas y enriquecido por fértiles vegas cubiertas de maizales.

Los expedicionarios españoles se hallaban cerca de la afamada ciudad del Palenque, cuyas grandiosas ruinas,

las mas curiosas del Nuevo-Mundo, atestiguan la belleza y suntuosidad que en épocas remotas ostentaron sus magníficos edificios. Existen aun en el pueblo llamado de las Tres Cruces, distante diez leguas del Palenque, algunas cruces colocadas por los españoles al pasar por aquel punto, como iban dejando en todo el camino, con estas palabras: «Por aquí pasó Cortés,» para indicar el paso á los que acaso mas tarde llevasen aquella ruta (1). Acaso en la época en que el conquistador cruzaba á corta distancia de esa ciudad, cuyas ruinas llaman en nuestros dias la atencion del viajero observador, se ostentaba entonces en todo el apogeo de su grandeza, ocupando una extension de cinco leguas, como lo muestran los restos de sus muros, de sus templos y de sus palacios. Pero no es de creerse que existiera ya en la época de Cortés. La fama de su grandeza hubiera llegado á sus oidos, y sin duda que se hubiera dirigido á ella, como se dirigió sobre la capital azteca al publicar la fama su belleza. El Palenque no debia ser ya, en la marcha del caudillo español á las Hibueras, mas que una ciudad abandonada, cuyas grandiosas ruinas eran las páginas que revelaban la magnificencia de un pueblo; pero páginas que no tenian al frente el

(1) «Por los pueblos y caminos por donde pasábamos, dejábamos puestas cruces donde habia árboles para se labrar, en especial ceibas, y quedando señaladas las cruces y aun más fijas hechas en aquellos árboles que no de madera, porque crece la corteza y quedan más perfectas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer; y decian en ellas: «Por aquí pasó Cortés en tal tiempo,» y esto se hacia porque si viniesen otras personas en nuestra busca supiesen como íbamos adelante.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

nombre de los que la dieron vida, aunque el estilo y la majestad en que estaban presentadas daban á conocer al culto pueblo tolteca.

Despues de haber permanecido el ejército ocho dias en Iztapan, salió con direccion á Zaguatapan, pueblo marcado en el mapa que llevaba. Nuevas ciénagas, nuevos pantanos, nuevos rios, se presentaron á impedir el paso á los expedicionarios. De este terreno fangoso en que los caballos y los hombres salieron cubiertos de lodo y fatigados, penetró el ejército en una elevada y larga montaña cubierta de una espesa arboleda, casi impenetrable. Varios soldados españoles iban por delante con los guias indios, abriendo paso con las espadas por entre la maleza. La vegetacion era exuberante, y los árboles se elevaban á una altura prodigiosa. La montaña era un bosque sin término, cuyos espacios de un árbol á otro se presentaban vestidos de espesos matorrales y de gigantesca yerba. Varias horas llevaban de haber entrado en la montaña, y cada vez se hacia mas difícil encontrar camino en aquel intrincado laberinto, donde nunca se habia impreso la huella humana. Los colosos árboles, enlazando el verde ramaje de sus frondosas copas, oscurecian la tierra, haciendo mas imposible la marcha. Nadie sabia el rumbo que se debia seguir. La angustia creció terriblemente, al escuchar de los labios de los guias, que no sabian por donde dirigirse. Dos dias llevaba el ejército de caminar á la ventura por el sombrío bosque de la prolongada montaña. La espesura del bosque era tan grande, que, envolviéndolo todo en la oscuridad, «no se veia otra cosa, dice Hernan Cortés en su quinta carta á Cárlos V, sino donde

poníamos los piés en el suelo, ó mirando hácia arriba, la claridad del cielo; tanto era la espesura y altura de los árboles, que aunque se subian en algunos, no se podia descubrir un tiro de cañon.»

Viendo el caudillo español afligidos á los guias indios porque no acertaban á salir del intrincado laberinto en que se hallaban y sin esperanza á sus soldados, mandó hacer alto en una ciénaga que hallaron en el bosque. Allí crecia alguna yerba para que pudiesen pacer los caballos «que hacia dos dias que nada comian,» y se dispuso á pasar la noche que empezaba á tender su pavoroso manto. Perdidos en el espeso monte, sin esperanza de encontrar camino para salir á campo descubierto, sin víveres, precisados á alimentarse con las raíces que encontraban, los soldados esperaban con ansia que brillase la luz del nuevo dia. «Nunca, dice Cortés al emperador, nos habiamos visto en tan estrecha necesidad.» El imperfecto mapa y la brújula eran los únicos recursos que quedaban para no perecer dentro de los inmensos bosques. Al brillar la anhelada luz del dia, que difícilmente se abria paso por entre la espesa enramada de los gigantesos árboles, el caudillo español sacó la brújula y la colocó en el suelo sobre el mapa en que estaban señalados los pueblos. Atento observó la aguja, y trayendo á la memoria que el cacique del pueblo último en que habia estado le indicó el rumbo en que hallaria otra poblacion, calculó que debia hallarse al nordeste del sitio que en aquel momento ocupaba, y mandó á los exploradores que fuesen abriendo camino en la direccion que les señaló. Para que no se desviasen, dió al oficial que con ellos iba la brújula, y se

emprendió la marcha, temiendo, la mayor parte de los soldados, ir en rumbo opuesto al que convenia. La falta de alimentos, las penosas marchas por entre ciénagas, rios y bosques, habian hecho que enfermasen algunos españoles y que muriesen muchos guerreros mejicanos que formaban el ejército auxiliar.

Los exploradores, entre los cuales iba Bernal Diaz del Castillo, marchaban abriendo sendero con sus espadas, ayudados de bastantes indios. El bosque se presentaba siempre igualmente espeso. Un grito de placer salió de repente de los exploradores que iban delante. Se hallaban enfrente de la poblacion que Hernan Cortés buscaba: de la anhelada Zagoatezpan, uno de los puntos que llevaba señalados en el mapa. Al escuchar la venturosa noticia, el ejército, olvidando sus pasados trabajos, sólo pensó en el bien que alcanzaba. «La alegría fué tanta, dice el conquistador en su quinta carta, que casi desatinados corrieron todos al pueblo, y no mirando una gran ciénaga que estaba antes que en él entrasen, se sumieron en ella muchos caballos, que algunos dellos no salieron hasta otro dia, aunque quiso Dios que ninguno peligró, y los que veníamos atrás desecamos la ciénaga por otra parte, aunque no se pasó sin harto trabajo.»

El ejército encontró quemada la poblacion. Los habitantes, aconsejados por el señor de Zagoatan, que les habia asegurado que recibirian la muerte de los españoles si no huian, redujeron á cenizas sus humildes habitaciones. Pronto se persuadieron de lo contrario por algunos indios de Iztapan que acompañaban á los castellanos, y entonces se presentaron á Hernan Cortés, manifestándose

adictos y serviciales. Los campos que rodeaban á Zagoatezpan, se veian cubiertos de extensos maizales, de fruta y de alubia. El cacique y la poblacion entera se esmeraron en proporcionar á los españoles los víveres necesarios. Hernan Cortés, viendo la buena disposicion del cacique y de los principales personajes indios, no olvidó de hacerles entender, por medio de la intérprete Marina, el error en que estaban en adorar á sus sangrientos ídolos, y el bien que recibirian de unirse á la corona de Castilla. La buena forma con que la simpática Marina les explicó los principales puntos de la religion y el poder y bondad de los hombres blancos, produjo el resultado mas brillante para el caudillo español. El cacique y la nobleza se declararon vasallos del rey de España, y anhelando dar una prueba de su adhesion al general castellano, así como de la conviccion que tenian de la verdad de sus palabras respecto á la idea religiosa, mandaron llevar sus ídolos y los quemaron ellos mismos (1).

Despues de haber permanecido el general castellano algunos dias en Zagoatezpan, recibiendo obsequios de numerosos pueblos comarcanos, se puso en camino para la provincia de Acalan. Ya no tenia á su frente impenetrables bosques que le impidiesen ver el sendero que le conviniese seguir; pero tropezó, á los tres dias de haber

(1) «A los unos y á los otros hablé muy largamente por hacerles entender que habian de creer en Dios y servir á V. M., y todos ellos se ofrecieron por súbditos y vasallos de V. A. y prometieron en todo tiempo hacer lo que les fuese mandado, y los de aquel pueblo de Zagoatezpan trajeron luego algunos de sus ídolos, y en mi presencia los quebraron y quemaron.»—Quinta carta de Cortés.

emprendido su jornada, con un obstáculo superior á los vencidos hasta entonces y que se presentó á los ojos de todos como verdaderamente insuperable. Era un profundo estero de mas de quinientos pasos de ancho. Hernan Cortés recorrió á un lado y otro de la orilla para ver si encontraba paso, pero todo fué inútil. Los indios de la provincia que le acompañaban, le hicieron saber que era inútil que se ocupase en buscar vado; que para pasar el estero, tenia que caminar hasta las sierras, que distaban veinte leguas de aquel punto.

Notable fué la angustia que experimentó el jefe castellano al escuchar aquella fatal nueva. Rodear veinte leguas por terrenos pantanosos, cuando se carecia de víveres, para penetrar en ásperas sierras que le alejaban del punto á donde se dirigia, era condenar á morir á su ejército. «Púsome, dice, en tanto estrecho este estero ó ancon, que seria imposible poderlo significar, porque pasar por él parecia imposible, á causa de ser tan grande y no tener canoas en que pasarlo, y aunque las tuviésemos para el fardaje y gente, los caballos no podian pasar, porque á la entrada y á la salida habia muy grandes ciénagas raíces de árboles que, si volando no, de otra manera era excusado el pensar de pasar los caballos.»

Cualquiera otro general hubiera desistido de su marcha, ante el terrible obstáculo encontrado. Pero Hernan Cortés parecia dotado de un espíritu superior al de los demás hombres, y se propuso vencerlo sin retroceder un paso. Tenia, por fortuna, una canoa pequeña en que habia enviado á dos españoles á reconocer el camino, cuando salió de la poblacion. El caudillo castellano entró en

ella, con su leal amigo Gonzalo de Sandoval y tres soldados, y se puso á reconocer todo el ancon, echando la sonda para saber su profundidad. Era esta de ocho varas, Hernan Cortés quiso conocer las condiciones del suelo, y para conseguirlo, hizo atar varias lanzas unas á otras, con que logró hacerse cargo de sus condiciones. El lecho de las aguas del estero se componia de limo y cieno, que tenia cuatro varas de profundidad que, unidas á las ocho, hacian la imponente hondura de treinta y seis piés (1).

Era, pues, imposible pasar, á no construirse un puente; y hacerlo de la magnitud que exigia la anchura y profundidad del estero, requeria gente descansada y no desfallecida de hambre y agobiada por el largo y penoso viaje en que se habian agotado sus fuerzas. Hernan Cortés, sin embargo, se resolvió á construirlo. El sitio abundaba en bosques, y mandó que se cortasen vigas de veinte varas para afirmarlas en el fondo, y formar sobre la parte que saliese del agua, el pavimento. Inmediatamente se dió principio al corte de madera. Los guerreros mejicanos, lo mismo que los soldados españoles, se pusieron á trabajar con ahinco. Hernan Cortés, Gonzalo de Sandoval y otros varios capitanes con algunos de los soldados, colocados en varias balsas que habian hecho, hincaban los maderos en el fondo, dejándolos sólidamente afirmados.

Pero la obra comenzada se presentaba á los ojos del fatigado ejército como irrealizable, «como cosa imposible

(1) «Hice sondar todo el ancon, y hallóse en todo él cuatro brazas de hondura, y hice atar unas lanzas para ver el suelo qué tal era, y hallóse que demás de la hondura del agua, habia otras dos brazas de limo y cieno; así que eran seis brazas.»—Quinta carta de Cortés á Carlos V.